

Vivienne Sarobe

¡Tengo el Yanga!

Vivienne Sarobe

¡Tengo el Yanga!

grado cero [a] narrativa

grádo cero [**á**] narrativa

© Vivienne Sarobe Sopranis

© Grang Guignol, s. L.

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Grand Guignol
Ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: ji-alonso@terra.es (???)

Depósito legal:

ISBN:

Impreso en España

Nombre de la Imprenta
Dirección de la Misma, 33
28000 Madrid

Esta es una obra de ficción.
Cualquier parecido con personas
o situaciones reales es pura coincidencia

CAPÍTULO I

Mientras hay esperanza, hay vida

Mientras hay esperanza hay vida.

Siempre lo había oído al revés, pero hace exactamente doce horas mi amiga Marina me habló de su plan de suicidio —en serio—, y me di cuenta de que lo único que la había mantenido con vida era la esperanza de estar equivocada. Ibamos en el coche. Pasamos bajo el puente de la M-30, desde el que acababa de caerse la nectarina. Era Agosto y acabábamos de volver de un mercadillo, una de nuestras aficiones comunes. Cuando llegué a casa no pude dejar de pensar en nuestra conversación.

Bruno y Alma, mis hijos, estaban viendo «La princesa Mononoke» que su padre les acababa de enviar desde California. Despatarrados en el suelo frente al televisor, siempre demasiado cerca, tenían los ojos de par en par, succionando la pantalla. Cinco años de pasión por absorber el mundo.

Dijo la curandera al guerrero:

«—Esta enfermedad te va a corroer hasta los huesos, no tiene cura. No puedes evitar tu destino, pero puedes salir a su encuentro— ...y así fue como salió de su aldea y se fue a luchar contra el monstruo que le había causado su herida mortal».

Bien, pues Marina no tenía monstruo, solo algo gigante, terrible, sin cara ni cabeza, sin nombre, sin yugular que cortar... Ese monstruo se materializaba y desmaterializaba en

un instante chupándola hasta el último recuerdo de felicidad de la memoria...

Mi amiga Marina decidió suicidarse para acabar con el dolor contra el que llevaba luchando desde hacía seis años, pero que realmente había estado arrastrando toda su vida.

¿Tenía sentido vivir con tanto dolor?

Asusta que alguien invite a la muerte, sobre todo si es una persona que conoces y a quien quieres.

Asusta que la muerte se acerque. Se acerca y te respira encima.

El aliento de la muerte es helador. Eriza la piel.

La muerte, la gran Nada.

El olvido, la no-mente.

La locura.

¿Qué podía hacer yo por Marina? No quería entregar las cartas a sus hijos y a su madre. Dije que teníamos que hablar antes de aceptar que me las entregara. A fin de cuentas, aceptarlas era hacerme su cómplice, asumir su decisión. Conseguí que las guardara de nuevo en su bolso. No quería perderla, conocer el día de su despedida definitiva y decidida. Me sentía atraída al remolino de su desesperanza. ¿Qué podía hacer? Yo, una simple persona, contra el Caos Definitivo.

Los niños estaban comiendo palomitas y me acerqué a picar. Me reconfortó ver su candor, su fe en las leyendas. Los hijos de Marina ya eran mayores y vivían fuera de España. Vivía sola. Había pasado veinte años criándolos y, como es natural, se habían ido. El nido estaba vacío.

El pájaro de su marido voló con una jovencita dos años antes que los pollos. Ella se buscó la vida, como siempre, pero nunca lo había superado del todo, a pesar de su eficacia, su cordialidad, sus empresas a todo trapo. Eso sí, nada de lloriqueos, nada de molestar. Solo un montón de libros de autoayuda y jornadas de trabajo inacabables. Me decía que había algo que no acababa de entender, pero que lo resolvería. Todo es cuestión de trabajo.

Tenía tiendas de decoración y una de complementos. Las

empresas iban bien pero había perdido a su familia. Eran todo para ella. Eran lo que daba sentido a su vida, lo que hacía que el mundo fuera un lugar familiar. Ahora todo era ajeno. Sentía que no pertenecía a este mundo porque no reconocía nada significativo en él.

Hubiera querido poder darle una respuesta, pero no la tenía. Como en el cuento de Harry Potter, el niño mago, la única forma de librarse de la locura, de no volverse demente, es buscar un recuerdo o pensamiento para defenderte del vacío infinito. Me puse a pensar en cual sería mi «patronus», el hechizo que me pudiera servir de escudo protector contra la locura y me encontré pensando en dos cosas radicalmente distintas, pero genéticamente relacionadas.

El primer recuerdo era el de mis hijos —Bruno y Alma—, de cinco años, cantando y bailando el anuncio del «pita pita del», imitando a aquella pareja hindú—señora colonial impresentablemente cursis, amanerados, blanditos, enervantes... el tipo de personas que me gusta pellizcar, solo por el placer de verlos gritar y retorcerse. Los niños los imitaban con tanta ironía y precisión que parecían burlarse del «sigue el camino de tu corazón» mejor que cualquier intelectual. Interesantes criaturas, los niños. Buenos críticos si alguna vez quieres una opinión sin deformar.

El segundo recuerdo que me serviría de defensa en caso de ataque de las Fuerzas de la Oscuridad es el de la última vez que estuve en la cama, pero sobre todo fuera de ella, con un hombre. Me volví un auténtico putón verbenero, sin pudor ni capacidad estética. Y eso que no había alcanzado aún mi máxima envergadura. Solo quería que me follaran, mucho y bien. Lo hice por un tiempo, él subiéndome la falda mientras yo me trepaba a la encimera de la cocina, en una posición incomodísima pero bien servida y jadeando como poseída por el demonio del Exorcista pidiéndole más:

—«Mira lo que hace la puta de tu hija».— Solo faltaba que la cabeza me diera vueltas mientras se me escapaba el «sí, sí, síiiii...» de las pelis porno...

Un pendón, en definitiva. Tanta buena educación para esto.

Luego empezaron a preocuparme otras cosas.

No te creas que soy una ninfómana, es que llevo mucho tiempo a pan y agua gracias a la timidez, el deber, la falta de tiempo, una buena educación y un ex marido poco o nada apasionado, que más bien parecía una princesita con dolor de cabeza desde que llegó la nueva dirección desde Estados Unidos a su empresa. Permanentemente deprimido y estresado hasta que empezó a salir hasta tarde y a meterse en páginas guarronas de internet, tipo «sexo anal» o «follar en Madrid».

Estaba buscando el papel del tinte en sus bolsillos y me encontré un tanga, justo en la época en que yo usaba bragas sobaqueras. Me rompió el corazón en tantos cachitos como un vaso de Duralex al estrellarse. Aún estaba amamantando a los gemelos.

Recogí los cachitos de mi alma y los aparqué temporalmente, dejando su recomposición para cuando pudiera dormir ocho horas seguidas y mi cuerpo volviera a ser mío. Ahora mi prioridad era dormir entre toma, pañal y toma.

Es curioso lo que te mantiene con chispa y viva en este mundo. Yo que me había construido la historia de que la vida era sobre todo una cuestión de principios, de ser más y más civilizada, de filosofía y conocimiento, bondad, comprensión, ideales, mejorar la raza humana... y resulta que lo mejor que puedo hacer para no morirme es follar y querer a mis hijos como cualquier otra hembra.

Claro, porque no lo había dicho, pero... resulta que además de mi amiga al borde del puente de la M-30 del que se tiraría con mucho cuidado para no matar a nadie más, ni molestar, ni salpicar... estaba yo. Yo con mi nivel cultural superior a la media, mis 99 kilos, mis idiomas, mi flamante plaza en la Escuela Oficial de Idiomas...

Marina me había mirado con esos enormes ojos suyos gris-azulados y me había dicho, sin aspavientos, probablemente por consideración, que no había solución.

—No tiene solución. Lo he probado todo. Me he leído todo lo que hay, he hablado con todo el mundo y sé que no sirve de nada. Todo está vacío... No volverá a llenarse. Créeme. Llevo mucho pensando en ello... Sólo me queda dejar de sufrir. El dolor es insoportable, cruel. Ya lo tengo decidido. Estoy segura.

—¿Has pensado cómo hacerlo?— le había preguntado.

—¿Te acuerdas del puente ese desde el que tiré la nectarina?— dijo Marina.

Volvíamos al coche del mercadillo. Habíamos comprado fruta. Creí que la nectarina se había caído.

—Sí — repliqué.

—Pues de ahí. ¿Crees que es lo bastante alto para que sea definitivo?

La nectarina había rebotado en un coche y el conductor se pegó un susto terrible. Dio un volantazo. Por un momento pensamos que se estrellaría. Marina me había agarrado de la manga de mi camisa con los ojos disparados, mientras se insultaba:

—¡Soy idiota!, ¡soy idiota!, ¡soy idiota!...

Volvimos al coche.

Me lo contó todo mientras la dejaba en su casa, en el coche, en doble fila. Luego agarró su bolsa de nectarinas, me dio dos besos, suspiró y subió a casa, a su casa vacía. Al salir del coche se volvió y me ofreció una leve sonrisa amable.

—No te preocupes, no puedo hacer nada ahora. El jueves es el cumpleaños de mi suegro.

Como siempre, estaba guapísima y con cara de salud. Con un envase como ese, cualquiera diría lo que llevaba dentro.

No tenía ni idea de qué hacer para salvarle la vida a Marina. Solo quería que no muriera, que sobreviviera como fuera. En parte era porque quería que se quedara. En parte era porque su marcha abriría una puerta. Ya se sabe que en cuanto ves cómo se abre una puerta, aprendes. Tenía miedo, y había razones para que lo tuviera.

Yo estaba casi tan al borde del puente como ella, tan lejos de la luz, tan sola, tan aislada de la humanidad, tan desquerida.

CAPÍTULO II

Curso intensivo de salsa de verano

Agosto en Madrid.

Los veranos de Madrid son muy calurosos pero secos. En cualquier caso el ambiente es opresivo y moverse no es fácil. Para nadie. Para mí, en mi reencarnación de Teletubbie, menos. Aun así, estábamos en una sala con un espejo grande pero no muy favorecedor, ninguno salía muy bien en la foto.

Salíamos de la sombra de las casas y del aire acondicionado de bares, cafeterías y oficinas como los muertos vivientes, en cuanto el sol dejaba de castigar.

Míranos. Si fuera un casting hubiéramos resultado perfectos como colección de gente inadaptada. La escuela de baile estaba en la zona vieja de la plaza de toros de Las Ventas. Un barrio con una mezcla de chalets semiabandonados y garajes. Todo debía valer una fortuna para la especulación inmobiliaria, pero este rincón de Madrid parecía haber escapado en parte a los derribos y la nueva edificación, al menos por ahora.

Subimos una escalera metálica. Me recordaba a las escuelas de danza de las series de TV en Estados Unidos. El tipo de barrio debía ir asociado a las aulas amplias. Esto es parte del plan para no precipitarse sobre la M-30, que debe doler muchísimo pero ni la mitad que vivir así.

Marina finalmente había decidido delegar y robarle unas horas a las tiendas para aprender algo nuevo. Nos metimos

en internet y buscamos una academia de bailes de salón sin ninguna convicción ni entusiasmo. Todo el mundo divorciado lo estaba haciendo, ¿qué podíamos perder? Eran treinta y cinco euros al mes.

Empezamos a movernos todos frente al espejo, la profe *desteñíta* delante, con esa ropa rarísima, imposible de encontrar en ninguna tienda. Anticaribeña, flaca a más no poder y muy europea, de Madrid, empezó a «hispanizarnos».

Era salsa.

Primero intentamos coger el ritmo de cara al espejo. Uno, dos, tres, cuatro. Era un espejo poco amable, de los baratos, igual que la luz de neón. Aquí no había dinero ni interés para favorecer a nadie. Mostraba sin tapujos la cruda realidad: éramos patéticos. Además, solo la primera fila veía a la profesora, por cierto muy bajita pero con el carácter y la autoridad de un sargento. No podía medir más de 1'55, y debía pesar 35 kilos con botas, pero era puro nervio, eficaz, incapaz de sentir misericordia. Se notaba la formación en ballet clásico.

Cuando empezamos a bailar en parejas cambió todo.

Cuánta necesidad de ser tocada, sostenida por quien sea, como sea, mirada... y oler ese rico olor humano, familiar, cercano, que se huele en el metro y... cómo no, follando. Lo cierto es que era impresionante el efecto que tenía sobre todos nosotros. Nos estábamos tocando. Sudábamos y nos olíamos. Tanta independencia y tanta hostia y lo que me flipaba de la clase era que todos los hombres de esa sala me agarraban de la mano y me pasaban el brazo por la cintura con más o menos maña y me sentía otra vez una mujer.

Nuestra profesora habla con la misma pasión y eficacia que la megafonía de un supermercado:

—Ritmo: un, dos, tres, cuatro. Pasitos para adelante, pasitos para atrás.

—A ver, Vicente y Marisa, poneos delante que os vean, que las bases ya las tenéis de la última clase.

Se pone delante una pareja de entre cincuenta y tantos, sesenta. Se mueven fatal. Si esto es un ejemplo, ¡cómo lo

haremos los demás! Marina y yo nos miramos. Hemos pensado lo mismo. Subimos las cejas y se nos cae la moral un poquito más.

Cantan los altavoces: «Mira Mikaela... cómo baila boogaloo»...

—Y un, dos, tres, cuatro. Pasito para atrás y al sitio, atrás y al sitio: base, base, base, base.

Dábamos pasos adelante y atrás, pocas veces nos pisábamos porque todos andábamos con el culo en pompa para no rozarnos. Aún crudos para salsa auténtica.

Como ves no soy tan ninfómana, aunque sí se podría decir que me gustan los hombres más que comer con los dedos. Me guuuuustaaaaaan, aunque el tío con el que bailo necesita comprarse un antitranspirante bien eficaz y no sea mi tipo. Si. Ni feminismos ni leches, y sí necesito a los hombres para sentirme mujer.

Nuestra competente instructora sigue con la lección número uno de salsa para principiantes:

—*Tumbaos*: los chicos tienen que mandar. Y uno, dos, tres, cuatro. El brazo firme. Si no la chica no sabe qué hacer.

—Cuatro bases, dos *tumbaos* y *aspirina*. Hay que llevar a la chica para que de la vuelta. Pero sujetadla bien para la *aspirina*, o se os va, se cae. Levantáis bien el brazo para hacerla girar, justo encima de su cabeza.

Se oye un ¡Uy!

—¡Lolo, por Dios, que la vas a matar!

Uno de los chicos había dado tanto impulso a su pareja que ella había perdido el equilibrio y se dirigía al radiador a toda máquina. Frenó con dificultad. Lolo se puso colorado. La chica puso cara de pato mareado pero volvió a por más.

—Las chicas tienen que girar en la *aspirina*, pero no hay que perder el equilibrio. Derechas como si te estuvieran tirando del pelo hacia arriba por la coronilla. Hay que dejarse llevar, pero giráis vosotras, no os tienen que impulsar.

Sabes lo de «si cae un árbol en el bosque y nadie lo oye, ¿realmente ha caído el árbol?».

¿Pues de qué me sirve ser una mujer si no puedo estar con hombres y de qué me sirve ser una persona si no puedo estar con gente que me haga sentir, que me mire, me reconozca, me huelga, me toque, me oiga y me saboree? Como los animales, como las tribus primitivas. Pues eso.

Novedad. Los chicos se mantienen en su sitio. Las chicas avanzan un puestito:

—Cambio de rueda. Venga, a cambiar de pareja. Todo el mundo tiene que bailar con todo el mundo.

Vicente y Marisa miran reticentes a la profesora. Es incorruptible.

—Si, vosotros también.

Con gente como esta no habría prevaricación.

Todas nuestras timideces en jaque de nuevo. A encontrarse con otra pareja desconocida y acercarse lo bastante como para parecer que bailas con él.

¿Qué coño hacíamos mi amiga y yo, mucho más listas que nuestros ex, mucho mejores personas, más solidarias, mejor cualificadas, oliendo a gloria... tan sumamente jodidas, tan al borde del puente de la M-30?

La clase está en su cenit y nuestro nivel de frustración también:

—Chicas: no penséis que se puede bailar sin saber los pasos, que vale con dejarse llevar. Si no sabéis los pasos, no sabréis lo que os está pidiendo el chico.

Marina me mira desesperada. Mira el reloj. La clase se la está haciendo eterna.

Esta vez todos conocemos la canción:

*«Perdona si pregunto por cómo te encuentras,
pero me comentaron que te han visto sola,
llorando por las calles en altas horas,
loca, loca, loca.*

*Comentan que tu niño te ha dejado,
que no existe consuelo para tu llanto,
que solo una amiga está a tu lado,
no llores más mi niña, niña, niña...*

*Son de amoreees, amores que matan,
amores que ríen, amores que lloran, amores que enga-
ñan...»*

¡La madre...! ¿A ésto vienen todos los divorciados?

A Marina se le llenan los ojos de lágrimas y dice que tiene que ir al baño. Se me va el ritmo por completo y mi compañero de baile se queda parado.

Nuestra profesora nos agujonea sin piedad:

—¡Vamos!, vosotros dos, venga: base, base, *aspirina*.

Marina sale del baño con los ojos rojos.

—Perdona —dice a su pareja de baile— se me ha movido la lentilla.

Con su acostumbrada disciplina, deja los sentimientos a un lado y se centra en los *tumbaos*.

Llegué a la conclusión de que mi ex y el suyo habían hecho algo muy bien: se habían buscado gente con quien jugar sin renunciar jamás a sus juegos favoritos, y les importaba un carajo las consecuencias de su falta de responsabilidad, solidaridad, cualificación, buen olor o conciencia. Sabían lo que querían.

Mi amiga Marina casi se cae. Me mira con cara de «nunca aprenderé».

—Vas bien —le digo.

Miento fatal.

El caso es que a los ex no les iba muy mal, tenían amigos —amigotes, que para el caso...—, trabajo, dinero y nosotras les criábamos los hijos que salían hechos un primor. Luego se iban y nos quedábamos con el «Síndrome del nido vacío», según Cosmopolitan y Telva. Lo ponían muy negro, ¿qué quieres?, son revistas femeninas.

¿Es que no había forma de reproducirse sin quedarse sola, vieja, con estrías, hecha un asco? Al paso que íbamos las mujeres jóvenes iban a pensárselo muy mucho antes de tener niños, a la vista de lo que sus papás andaban haciendo con sus mamás. Iba a haber más escasez de niños que de guepardos en el Serengetti.

Conseguimos girar, coordinando bases y *tumbaos*. No hubo heridos. Milagro. Euforia general. Aplausos. Fin de la clase número uno del intensivo de salsa de verano.

Litros de sudor, camisas empapadas, y los tres ventiladores soplando como un huracán tropical, de esos que están azotándolo todo este verano.

—Nos vemos mañana a la misma hora —dice la voz megafónica de nuestra profesora.

Tenía que haber algo más, algo que ni Marina ni yo habíamos visto.

De acuerdo, si juzgábamos por lo que teníamos alrededor, el panorama no era muy alentador. Eramos responsables y seguramente estábamos medio muertas, seguro que muy acorjonadas, deprimidas, y muy, muy, muy, insatisfechas... Otra vez lo de follar, vale, pero de verdad que no soy ninfómana.